

## ***Dialogar es escuchar*** **Provocaciones en torno a la producción de conocimiento(s) social(es) desde la educación popular<sup>1</sup>**

*Daniel Fauré Polloni<sup>2</sup>*

Esta breve exposición es principalmente una “provocación”. Un pequeño esbozo de crítica que, desde la trinchera del nuevo movimiento de educadores y educadoras populares chileno, busca generar un pequeño puente que acerque la posibilidad de diálogo entre el mundo “académico” y el mundo “social”, y que, partiendo de la base de que hablamos de sujetos y sujetas y no de “compartimentos-estanco”, juegue en sus límites (reales y conceptuales).

Pero antes de eso, lo primero es definir al “hablante”...

### **¿De qué hablamos cuando hablamos de educación popular? ¿Y de educadores populares?**

La educación popular en Chile tiene larga data y, como todo proceso histórico social y popular, es de difícil definición, en permanente cambio y de compleja cartografía. Sin embargo, si tuviésemos que definir el concepto, bajo el nombre de educación popular agrupamos una serie de acciones educativas que encaran colectivamente y pedagógicamente el tema del cambio social, generando instancias para su discusión, crítica, sueño y acción colectiva. Una práctica *político-pedagógica* o de *pedagogía política*, con toda la complejidad que ello significa.

Ahora, en términos de proceso, podemos reconocer dos grandes ramales durante la segunda mitad del siglo que pasó: por un lado, la educación popular “ochentera” (Bustos, 1996; Fauré, 2007), donde, por un lado, su cara visible fue el amplio entramado de ONG’s y profesionales que, con el respaldo institucional de actores clave (como la Iglesia Católica), el respaldo económico de las agencias de solidaridad internacional y el respaldo político-social de numerosos grupos de base populares, lograron levantar una institucionalidad educativa paralela de amplio impacto – intersubjetivo- en el proceso de reconfiguración social y popular en Dictadura; y por otro lado, con una cara “invisible”, donde sujetos y sujetas populares que tomaron estas banderas de “regenerar el tejido social” (*leit motiv* de esa generación profesional) lograron, a partir del dialogo, levantar espacios liberados en la cultura, la educación, la política y la economía: los Centros de Apoyo Escolar (CAE), ollas comunes, colonias urbanas, “Comprando Juntos”, agrupaciones culturales, el teatro callejero, la historia local y un largo etcétera.

---

<sup>1</sup> Artículo basado en la ponencia presentada en el *Primer Coloquio de Investigación Social*, en la mesa redonda: “*Sistematización de experiencias y participación alternativa de actores sociales*”, realizada el viernes 16 de enero del 2009, en el Auditorio de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Concepción.

<sup>2</sup> Educador Popular. Integrante del Colectivo Paulo Freire – Chile. Historiador Social, académico de la Escuela de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Bolivariana.

Ahora, por otro lado, el segundo ramal que se evidencia es el del que hemos denominado “nuevo movimiento de educadores y educadoras populares chileno” (Fauré, 2007). Un movimiento subterráneo que, a partir de la invisibilización pública de esta institucionalidad “ochentera” producida a comienzos de la transición –por la pérdida de la base institucional de apoyo y financiamiento (nacional e internacional), y el viraje consultorial hacia el Estado evidenciado en la mayoría de sus principales ONG’s-, vuelve a surgir a mediados de los ‘90. Así, desde 1999 (a partir, por ejemplo, del surgimiento del Cordón Popular de educación –COPODE-) y con un “bautismo” público a partir del Encuentro Nacional convocado por el Movimiento nacional de educadores y educadoras populares –MOVER- el 2005 en Concepción, comienza a configurarse una nueva reagrupación y articulación de nuevos sujetos y sujetas que, no por casualidad, deciden optar por un nombre cargado de “historia”, de “historicidad”, el de Educación Popular. Un nuevo movimiento principalmente juvenil, con un alto componente universitario.

Es en ese movimiento donde yo me inserto, y desde el cuál he ejercido mis prácticas como “militante social”. Y es bueno aclarar esto en la medida de que esta fraterna invitación que me hicieran los estudiantes del Magíster que organizan este espacio de diálogo, se me hizo en función de esta práctica. Y lo planteo porque los “camino de la vida” también me han acercado, laboralmente, al espacio propio de la “academia”. Es por ello que aclaro que esta provocación la realizo en tanto “sujeto social” más que como “sujeto académico”: una pequeña “esquizofrenia mental” que ocupó como recurso pedagógico; que me permite tener más “cancha” para realizarla, y más argumentos para remarcar las dicotomías.

Sin embargo, toda la perorata anterior no tendría mucho sentido de no ser una pequeña carta de navegación que les comparto para que puedan conocer, conocerme y conocernos, y un primer posicionamiento que les permita saber desde donde hablo. Pero acá, en el fondo no vinimos a eso... al menos no sólo a eso. Estamos en un Coloquio de Investigación Social, convocado desde el espacio universitario, y eso no es ni menor, ni casual. Entonces, en este escenario, ¿que podemos aportar nosotros y nosotras, los educadores y educadoras populares, a esta reflexión “interna” de los que habitan el mundo académico, sobre los sentidos, los métodos y los actores involucrados en la INVESTIGACION, y no en una “cualquiera”, sino una que se atribuye la mochila de “lo social”?

Y eso nos instala en un campo interesante y conflictivo, que es el de “producir conocimiento” ( y aquí siento que se puede hacer un dialogo interesante, y que justifique la cariñosa invitación que los compañeros y compañeras de acá de Concepción me han hecho...), campo desde el cuál se puede hacer una “provocación” interesante, sobre todo cuando uno escucha como la Educación popular lanza un par de “máximas” que son provocadoras, como aquella que dice que no importa sólo lo que se hace, sino CÓMO se hace, PARA QUÉ se hace y A FAVOR DE QUÉ y EN CONTRA DE QUÉ se hace...

Y esto porque estamos parados en un escenario interesante (aunque aclaro que pueden ser comentarios hechos muy desde el “lugar común”, y que como buenas “provocaciones” pueden hacer generar algunas buenas preguntas, o irritar con facilidad...). Porque si nos ceñimos a las preguntas freirianas que nosotros y nosotras –educadores y educadoras populares- nos planteamos previos a nuestras acciones *político-pedagógicas*, y los aplicamos, desde nuestra

posición de “sujetos sociales” HACIA la “academia” podemos generar el siguiente “diagnóstico”:

- a) Primer tema: Quien produce el conocimiento y cómo lo produce. Acá, la “academia”, en su *modo de producción* de conocimiento –con más o menos carácter social- se presenta como un ejercicio principalmente individual y jerárquico (un investigador “oficial” o “titular” que, si conforma equipos, éstos sólo figuran como “ayudantes”, claramente subalternos); y donde, a pesar de los avances metodológicos, la distancia “sujeto-objeto” en las investigaciones de historia reciente aún no han sido superadas. Dicho de otro modo, al reflexionar en el *cómo* se produce el conocimiento desde la academia, notamos que se han dado pasos hacia la “interdisciplinariedad”, pero muy pocos en la “intersociabilidad”: hacia la posibilidad real a que los sujetos “investigados” participen en el proceso de producción del nuevo saber.
- b) Segundo tema: Para qué lo produce. Acá nuevamente tenemos una tensión patente, entre las dinámicas *internas* de una investigación científica y la *institucionalidad* que la ampara o financia. Esta tensión ha hecho que las instancias de investigación académica terminen siendo efectuadas según la lógica propia del *ascenso social* (tanto laboral –en las reglas establecidas para el ascenso académico regulado del mundo universitario-, como en niveles de prestigio social y del *ghetto* al cuál se inscriba) más que por la funcionalidad social que esta investigación tenga<sup>3</sup>. Así, pareciera que hoy las investigaciones académicas se ciñen al camino establecido de “artículo - artículo indexado – libro”, hasta generar un nuevo “experto” en el tema específico que éste estudia –transformándose en un nuevo intelectual frente al cuál no se puede hacer nada en dicho tema si no se le convoca al menos *consultorialmente*-. En ese sentido, se ha dado una lógica, interna y autoreferente, donde a lo sumo se han generado muy buenos “traductores”: profesionales que “explican” en términos de *los de arriba* lo que hacen y no hacen, piensan, sueñan y omiten *los de abajo*. Un acercamiento a los mundos conceptualmente antes que se acerquen *demasiado* físicamente. Así, como decíamos, el cientista social puede incluso volverse un “especialista” en el tema: referencia obligada cada vez que su actor de turno reaparezca en la vida pública (casi siempre en una faceta violenta, real o creada). Pero siempre un traductor de lo que de abajo es, hacia los de arriba.
- c) Tercer tema: Y profundamente relacionado con el anterior. Para quién se produce saber. O, dicho en lógica freiriana, **a favor de quién**, y **contra quién** se produce nuevo conocimiento social. Y este punto es el de más difícil cartografía. Ello principalmente porque, desde nuestra posición, y con escasas excepciones, la “academia” durante el período concertacionista se ha refugiado tras el velo de legitimidad *per se* instalada de los espacios universitarios, sin explicitar sus compromisos. A diferencia de la época de dictadura donde no faltaron las voces que proclamaron –desde el campo de la Historia, por ejemplo- que su trabajo se enfocaba a producir *insumos* que alimentaran las discusiones, reflexiones y luchas de los sectores populares (corriente que después conoceríamos como “Nueva Historia Social”), hoy por hoy DESDE la “academia” recibimos un silencio oficializado, y que está siendo remecido precisamente desde los eslabones más bajos de

---

<sup>3</sup> Una interesante visión crítica – e “interna”- de esta problemática se puede ver en Salazar (2007).

esta jerarquía – y los y las que menos involucrados están en estos modos y lógicas de producción y legitimación *interna* de las universidades-: los estudiantes<sup>4</sup>, donde se puede incluir este “Primer Coloquio de Investigación Social” que estamos compartiendo. Es por eso que creemos que este tema, fundamental para avanzar en la construcción dialógica de conocimiento, estamos en deuda, y no por falta de *producción*, sino por falta de *sinceramiento*. Que nos ha faltado, como dijera Mario Benedetti en uno de sus poemas, “Hacer una pausa y revisar baldosa por baldosa / y no llorarnos las mentiras / sino cantarnos las verdades”. Y esto no sólo desde el “berrinche”, sino principalmente para que no nos ocurra –y ahora hablo desde mi posición “académica”- que nuestra producción de conocimiento termine siendo un soliloquio que sólo tiene sentido como ejercicio intelectual, y no como un producto social. A fin de cuentas, como cientistas “sociales” nuestro punto de partida –y de llegada- debe ser ese *abstracto* que hemos llamado *sociedad*: sus tensiones, sus problemas, sus necesidades, que también son las nuestras. Y para lo que no nos pase, y nuevamente hago un guiño a la literatura, lo que Eduardo Galeano brillantemente relatara sobre los misioneros que se insertaron, en medio de la invasión española a América Latina del siglo XVI, en la zona del Chaco Paraguayo, donde un cacique local, después de escuchar atentamente y reflexionar en silencio sobre el sermón producido por el religioso, concluyera: “Eso que usted dice rasca. Rasca mucho. Y rasca muy bien... pero rasca donde no pica”.

## **Sobre la posibilidad de generar un diálogo entre los “sujetos sociales”, la educación popular y la “academia”**

*“El primer acto revolucionario  
es decir las cosas por su nombre”*  
Rosa Luxemburgo

Ahora, ¿cómo pensar en un diálogo, en un puente que permita abrir caminos para esta construcción social de conocimiento y superar esta separación actual que evoco? Bueno, acá quiero retomar un tema, que es el de las generaciones –y en particular, de los jóvenes-. Tal como en la coyuntura del '20, cuando los jóvenes se constituyeron como los principales sujetos portavoces de la galopante ilegitimidad y poca representatividad del sistema político y económico, y, junto con ello, cuestionaron el papel de las universidades en esta decadencia (llegando a plantear la necesidad de “abolir las universidades estatales por su «irreductible carácter burgués», para levantar nuevas universidades populares entre trabajadores y estudiantes –como lo hiciera la FECH con su “Universidad Popular Lastarria”-); la primera década de este siglo XXI ha visto como los jóvenes (principalmente secundarios) se han constituido en los altoparlantes que han anunciado la crisis del sistema de enseñanza a partir de sus lógicas mercantiles. Y ese proceso de “rejuvenecimiento” de la protesta –y propuesta- social no ha estado lejano del campo de este “nuevo movimiento de educadores y educadoras populares”. Como

---

<sup>4</sup> En ese plano se pueden enmarcar, por ejemplo, las diversas Jornadas de Historia Social realizadas por los estudiantes de Historia de la Universidad de Chile desde el 2005 a la fecha, o las Jornadas de Historia Social y pedagogía, realizada por los estudiantes de la UMCE, en Santiago: espacios donde un debate central ha sido el rol social de la disciplina histórica y de la historia social en particular.

decíamos hace poco, muchos de estos “nuevos educadores y educadoras” son jóvenes estudiantes –mayoritariamente universitarios-, muchos de ellos de carreras “humanistas” (pedagogos/as, historiadores/as, sociólogos/as, trabajadores y trabajadoras sociales, y un largo etcétera); y las motivaciones de éstos y éstas al embarcarse en diferentes proyectos de educación popular, acción social, intervención comunitaria o de articulación política (desde su posición de futuros pedagogos, historiadores, sociólogos, etc.), son claras: una profunda decepción de sus universidades y su lógica “consultorial” –donde evidencian una pérdida de rumbo de éstas como “sujeto pensante y actuante”, imbuidos en un lamentable proceso de “arriendo intelectual” al mejor postor (fundamentalmente privado)-.

Es en ese marco donde se hacen inteligibles algunos fenómenos que, aunque cuantitativamente hablando son “marginales”, políticamente hablando son de una profundidad patente, y que quiero traer a colación porque me parecen provocadores para el problema que estamos discutiendo: estudiantes que se retiran de sus carreras porque consideran que “no les enseñan nada que les sea útil para sus **proyectos**: políticos, sociales, comunitarios”. Estudiantes que enlazan sus trayectorias juveniles con diversos formatos asociativos (colectivos, redes, coordinadoras, etc.), todos estos con lógica expansiva *horizontal e intersubjetiva*. Estudiantes que, en forma silenciosa pero potente, generan cerros de tesis sobre memoria, historia oral, desarrollo local, educación popular y sobre nuevos sujetos “marginales”, que se acumulan en los anaqueles de las universidades, intentando generar precisamente un acercamiento, un diálogo. Tesis que buscan “hacer sentido” al que la realiza en su doble dimensión de “futuro profesional” y “sujeto histórico y social”, que mezcle su militancia y el andamiaje teórico-práctico propio de la academia. Tesis que se constituyen como una “buena excusa” para poder darse un tiempo para reflexionar de sus prácticas político-sociales. Tesis que se definen como “herramientas” que buscan “empoderar” ya no a la academia, ni a su trabajo profesional de cientistas sociales, sino a los sujetos y sujetas con los cuales se desenvuelven a diario, desde abajo y desde dentro.

¿Y que hace la Universidad frente a ello? ¿Tiene capacidad para comprender y potenciar este proceso? ¿Lo ha visto, lo ha escuchado, la ha remecido en algo?

Porque si estamos reunidos para repensar y repensarnos, desde el espacio académico, en la lógica de producir un conocimiento “social”, esta pregunta es fundamental. Sobre todo porque no podemos desconocer, tal como mencionábamos hace poco, que han existido y existen instancias que se abren –cada vez con mayor fuerza- donde la academia “escucha”: Jornadas, debates, coloquios y foros donde, entre la pléyade de “expertos” que rebasan las mesas temáticas, se convocan a sujetos sociales –sobre todo los y las que están marcando pauta noticiosa- para que puedan “hablar, a partir de su experiencia”. Y no estoy negando, con ello, el poder mismo de dicha experiencia, sino remarcando que, en esas invitaciones, los sujetos sociales “desfilamos” por el espacio académico para nutrir alguna discusión, para legitimar o deslegitimar alguna posición reconocida de algún intelectual, o para relevar la importancia de algún tema que la academia quiere encarar. Pero, llegado el momento de la *producción misma* del saber, más allá del “evento”, nuevamente estamos fuera. A lo sumo se nos convocará a conocer los resultados finales, el gran “día D” del lanzamiento oficial. Es por ello que no es casual que, muchas veces estas invitaciones sean vistas con desconfianza... y que, finalmente, se cierren los caminos para que los sujetos y sujetas sean los que produzcan y evalúen el nivel de utilidad de dicho saber en el

espacio concreto donde éste se juega su funcionalidad: en el momento de *producción de hechos históricos*, en el día a día donde hombres y mujeres deben optar –con más o menos ciencia- entre diversas opciones, en el plano de la *historicidad cotidiana propia del mundo de la vida...*

¿Por qué no pensar, tal como se realizaba en ciertas experiencias educativas que los sectores populares han realizado a lo largo de nuestra historia, que los exámenes, el momento de evaluar la utilidad de tal o cual pensamiento, se deba realizar *de cara a la comunidad*, y no **sólo** de cara a la propia comunidad académica –comisiones evaluadoras- las que, preferentemente, evalúan según sus propios códigos de legitimación –muchas veces alejados de su carácter social-?

Es por eso que, desde nuestra humilde posición de educadores de base, creemos que existen aún inmensas posibilidades de pensar este proceso –el de producir un conocimiento social- como algo factible y necesario. En ese sentido, aclaremos que *no todo está perdido*: la Universidad si puede retomar este diálogo y afinar sus compromisos, pero sólo si retoma el contacto real –y no funcional ni consultorial- con lo social, y supere sus estrechas lógicas de lo que entiende por “extensión” (un concierto de música clásica por aquí, un lanzamiento de un libro por allá, una exposición por acullá... una que otra charla, donde se debate desde las alturas de los expertos en su tarima, y no con los sujetos y sujetas que los escuchan); pero sobre todo, va a pasar por la capacidad y empeño en enfrentar un debate que se abandonó post-Dictadura: redefinir cuál es la función social de la producción de conocimiento, repensar la *función socio-política de los intelectuales*. Y no en el vacío autoregulado de la academia, sino en este contexto, precisamente cuando –desde dentro de la “academia”- las lógicas postmodernas más conservadoras enlodan el escenario para “leer la realidad” y lo traducen todo a un juego entre textos e hipertextos, echándose al “bolsillo de perro” los contextos.

Porque el escenario en que nos movemos no es un dato marginal. Menos hoy, cuando estamos en medio de una crisis, y ni siquiera local, sino planetaria. Un escenario donde el gran poder mundial nos anuncia, por conferencia de prensa planetaria, que ha comenzado a “reestructurarse”, y nosotros y nosotras sabemos, con ciencia social y sin ella, que cada vez que se anuncia algo parecido desde *el poder de los de arriba*, como dicen los zapatistas, *jodimos todos... y todas...* precisamente porque esa reestructuración que anuncian no implica sólo afinar la maquinaria que les permita, en contextos recesivos, mantener tasas de ganancia, sino que también implica redefinir el espacio –y los “permisos”- que nos han dado a todas aquellas “moscas que zumban y zumban”, como nos definía Max-Neff, que somos los educadores populares, los estudiantes, los trabajadores forestales, los movimientos ecologistas, los nuevos movimientos de pobladores y pobladoras, los nuevos tipos de agrupaciones de trabajadores que desde el *retail* hacen visible la realidad de los subcontratados, los pueblos originarios, y un largo etcétera. Como dice Naomi Klein, ese llamado de “los de arriba” es una declaración de guerra, que significa en términos simples que los capitalistas, frente a la recesión, han decidido perfeccionar sus modos de hacer y ganar, e históricamente, cuando lo han hecho, hemos perdido los mismos de siempre. Y en este proceso, que ya lleva algún tiempo, la intelectualidad –incluida la de “izquierdas”- ha guardado un respetable y cómodo silencio<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Aunque el escenario tampoco es tan negro: desde la trinchera de la “Historia Social” saludamos el espacio de la “Mancomunal del Pensamiento Crítico” que, recientemente, ha lanzado una muy buena “provocación” con respecto a este tema: reasumir, en este contexto, la función social de la intelectualidad.

Es por eso que desde hace un tiempo -y para no resumir todo a la crítica y avanzar en la propuesta-, incluso desde antes de que se iniciara esta reingeniería de la clase política y económica transnacional, los educadores y educadoras populares habíamos pensado y dialogado en torno a un problema que considerábamos y consideramos fundamental: el de prepararnos en esta batalla que implica “renombrar el mundo” (MOVER, 2006): como decía Galeano, “para ayudar a que la realidad cambie, hay que empezar por verla”, pero también por **nombrarla**. Y es a ese proceso al que le hemos denominado la “Alfabetización Política” (MOVER, USEG, ANDAMIOS, 2006): es decir, constituir espacios donde podamos colectivamente ejercer un primer ejercicio de rebeldía, crítica y de “reapropiación del mundo”. Ejercicio que nos permita replicar el discurso legitimante de *los de arriba*, y cuando nos digan “guerra preventiva”, nosotros poder decir “masacre injusta en Gaza”; cuando nos digan “Diplomacia”, nosotros replicar “silencio cómplice de la clase política”; cuando los escuchemos decir “subcontratación”, nosotros/as insistir: “doble explotación”. En un proceso, si quieren, más “teórico” –aunque eso es discutible-, pero fundamentalmente hecho **desde** nosotros y nosotras... y ya no desde la *intelectualidad* (favorable o lamentablemente).

Y ese proceso, reciente para nosotros y nosotras, no es, claramente, un espacio cerrado – aunque sí, hasta el momento, algo *subterráneo*-; por lo que al contárselos, en el fondo, estoy dejando -dejándoles y dejándonos-, una puerta abierta...

## **A modo de conclusión**

Porque, independiente del escenario un poco “negro” que les he presentado en esta provocación, una cosa no deja de ser cierta y clara: podemos –y debemos- tener control del proceso de producción de conocimiento, tanto desde dentro como desde fuera de los muros de la “academia”. Es cosa de retomarlos, pero en diálogo. Y eso como primer paso, para poder encarar otros escenarios que vienen después y en los cuales hemos avanzado menos que en el punto anterior: generar ya no sólo métodos de investigación compartidos, sino tener caminos que nos permitan generar un *método de exposición* adecuado, y, a partir de ahí, ejercer algún tipo de control social sobre los canales y dispositivos de socialización y difusión de los nuevos saberes que, esperemos, podamos generar en conjunto.

Pero, insisto, nada de eso podrá ser real –y sobre todo *efectivo*- si no asumimos que el retomar el dialogo entre “sociedad civil” y “los espacios clásicos de producción de conocimiento” no va porque, como tantas otras veces ha ocurrido en este proceso de acercamiento y *enamoramamiento*, las Universidades nos “enseñen”, sino que podamos “aprender -y desaprender- juntos”, algo que es diametralmente diferente. Y eso sólo podrá lograrse si generamos más diálogo. Y ojo que eso no es fácil: como decía una banda de rock anarquista española llamada Banda Jachis, “dialogar es escuchar / diálogo hay escuchando/ también hablar, pero escuchando”. En ese sentido, creo que a la Universidad le queda un largo proceso de sentarse a escuchar, y no regirse por las urgencias de los tiempos políticos y del mercado, sino darse el tiempo necesario para sentir el pulso del paso lento -pero firme- de la “sociedad civil” –y sobre de todos los que viven y sufren en ella, y que, desde esa posición se han lanzado a caminar-. Un proceso que “bajará las revoluciones” de la

agitada vida universitaria en tiempos neoliberales, pero que la puede reconectar con el flujo real de los sujetos sociales, permitiéndole así volver a cumplir con su rol “social” de apoyo y fortalecimiento de la *historicidad* latente –sobretudo de los sujetos populares-. Un proceso de afinar el oído y el corazón, para escuchar y sentir, para **dialogar** con esa *historicidad* que tiene sus propios tiempos, tiempos largos, tiempos sociales...

Por eso, finalmente, como decía la ya clásica Mafalda, quizás llegó el momento de “dejar de pre-ocuparnos y comenzar a ocuparnos”. ¿No les parece?

Muchas gracias.

### Referencias:

- Bustos, Luis (1996): *Talleres de Educación Popular del Centro de Investigación y desarrollo de la educación (CIDE): entre el discurso y la práctica*, Tesis para optar al grado de Magíster en Educación con mención en Educación de Adultos no publicada, UMCE.
- Fauré, Daniel (2007): “El Nuevo Movimiento de educadores y educadoras populares chileno: tensiones, proyectos y construcción de poder (1999 – 2006)”. *Proposiciones* N° 36 “Entre el sonido y la rebeldía: juventudes de ayer, jóvenes de hoy”, SUR Profesionales.
- Movimiento Nacional de educadores y educadoras populares MOVER (2006): “Nuestra palabra alegre y creadora...”. Documento Interno. Manuscrito no publicado.
- MOVER/USEG/Andamios (2006): *Campaña Nacional de Alfabetización Política. Para volver a nombrar el mundo, desde nosotros, desde abajo, desde la izquierda...*, Documento de Trabajo N° 1. *Las Palabras Andantes*, N° 3, Segundo Semestre. *Punto Suspensivo*, Año 1, N° 10.
- Salazar, Gabriel (2008): “Historiografía chilena siglo XXI: transformación, responsabilidad, proyección”. En De Mussy, Luis G. (Ed.), *Balance Historiográfico chileno. El orden del discurso y el giro crítico actual*, Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.